

MORETO, AGUSTÍN (1618-1669)

CÓMO SE VENGAN LOS NOBLES

ÍNDICE

JORNADA PRIMERA.
JORNADA SEGUNDA.
JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

RAMIRO.
DON GARCÍA, príncipe.
DON FERNANDO, infante.
DON GONZALO, infante.
DON SANCHO, rey de Navarra.
LA REINA DOÑA ELVIRA.
PEDRO SESÉ.
FORTÚN, viejo.
ORDUÑO.
NUÑO.
MENDO.
RUI VELA.
BUSCÓN, gracioso.
SOL.
Dos JUECES.
SOLDADOS.
ZAGALES.
PUEBLO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en Navarra y en Aragón

JORNADA PRIMERA

Soto inmediato a la aldea de Aybar.

ESCENA I.

RAMIRO, coronado de una guirnalda de yerbas; SOL, BUSCÓN; ZAGALES, con instrumentos músicos. Todos en traje de serranos.

ZAGAL 1.º

(Canta)

Viva muchos años a questo zagal,
que es el más galán.

SOL.

Por Dios, Ramiro, que os viene
el reino como nacido.

BUSCÓN.

Rey eres de aquesta pascua;
echa por aquesos trigos,
y manda como persona.

SOL.

Mal haya quien no te hizo
rey de veras, pues mereces
ser emperador de Egipto.

BUSCÓN.

¿Sabes lo que estoy temiendo?

ZAGAL 2.º

¿Qué temes?

BUSCÓN.

Que el Santo Oficio
no nos prenda, porque este
se llama, a lo que imagino,
hechizo, y no es muy buen hecho
hacer rey con el hechizo.
Mas consuélame una cosa,
que tengo un familiar tío,
y de aquí renuncio el pacto,
por no lo pagar jodío.

SOL.

Ello está como ha de estar;
que en cas de los reyes mismos

se echan las habas y tortas.

BUSCÓN.

Y al pan pintado ¿qué oficio
lle loca por liña recta?

SOL.

Ya empiezan tus desatinos.

RAMIRO.

Zagales del valle Aybar,
yo os agradezco infinito
la elección que en mi habéis hecho
de rey, aunque rey fingido;
pero hanme dado los cielos
pensamientos tan crecidos
que un reino estrecho le viene,
y aun muchos, al valor mío.
Ese monte, esa ribera,
señas darán de mi brío,
pues asido a la cerviz
del mas pujante novillo,
besa humilde a su pesar
el suelo con el hocico.
¿Qué jabalí entre mis brazos
tuvo vida? ¿Quién ha visto
oso a quien yo no derribe,
luchando a brazo partido?
¿A qué venado no alcanzo?
y tan bien la honda vibro,
Que las aves en el aire
no se escapan de mis tiros.
a hacer mercedes empiezo:
Moncayo es caballero,
Melampo mi mayordomo,
mi secretario Jacinto,
mi capitán de la guarda
Buscón.

BUSCÓN.

Pues dime, ¿qué oficio
es capitán de lla albarda?
¿Son mis soldados pollinos?

RAMIRO.

El más lucido del Rey.

BUSCÓN.

¿Luego só yo el más lucido?
Par Dios, la capitanía
no me llega a los tobillos.

RAMIRO.

A Sol doy...

BUSCÓN.

No des a Sol;
que yo tengo mucho frío,
y quisiera calentarme
a ella, porque tiritó.

SOL.

Mas arre allá; di, Buscón,
¿En qué piensas?

BUSCÓN.

En marido,
que es el peor pensamiento.

SOL.

¿Tú conmigo?

BUSCÓN.

Yo contigo.

SOL.

Anda en el valle un runrún
de que no eres bien nacido.

BUSCÓN.

Buen parto tuvo mi madre;
dello daré mil testigos.

SOL.

Nadie a tu padre conoce.

BUSCÓN.

Nunca fué hombre entendido.
Y ¿para qué nos cansamos?
Yo pierdo en casar contigo;
y pruébelo: Sol con uñas,
¿Nunca en tu vida habrás visto

azotar a una mujer
por hacerle a su marido,
(Como han hecho a muchos buenos),
Aquel mal nombre de Signo?
¿Ni por andar rota, no?
Y a él, porque aquello ha sufrido,
le pega por esas calles
(Cosa es que me quita el juicio)
con una ristra de ajos
la bellaca que lo hizo.
Yo, que nunca soy valiente
Ni colérico sanguino,
sino la paz de la tierra,
vó a perder. ¿Heislo entendido?

SOL.
Sois un gran desvergonzado.

BUSCÓN.
Sol, por mayor os estimo.

ESCENA II

FORTÚN. -DICHOS.

FORTÚN.
¿Qué locuras son aquestas?

BUSCÓN.
El viejo nos ha cogido;
mas ¿qué hay sermón como el puño?

FORTÚN.
¿Tú coronado, Ramiro?

RAMIRO.
Electo fui por la suerte.

FORTÚN.
Y aun lo tienes merecido.
(Ap. Mal disimula la sangre).
El Rey ha de ser, sobrino,
tan venerado de todos,
tan respetado y temido,
que nadie le juzgue humano,

y le imagine divino.
No cabe el Rey en las burlas,
pues quien al sol atrevido
mira, sus rayos le privan
de la vista por castigo.
Busca otros juegos mejores.

RAMIRO.

Ninguno me ha parecido
tan bueno, y a aqueste solo
con mayor gusto me aplico.

FORTÚN.

(Ap.)

De veras pudiste serlo.

(Dentro ruido.)

ESCENA III.

EL REY, LA REINA, DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO, PEDRO
SESÉ. -DICHOS.

REY.

Ésta es la mejor aldea
del valle.

REINA.

(Ap.)

Según me han dicho,
en ella un hijo del rey
se cría; y si lo examino,
daré venganza a mis celos.

BUSCÓN.

El Rey es, par Dios.

FORTÚN.

Ramiro,
quítate aquesa corona.

RAMIRO.

Si hoy soy rey, ¿en qué he incurrido,
pues no se ha ausentado el sol
desa campaña de vidro?

REY.
¿Quién sois?

FORTÚN.
Señor, los zagales
del valle, por regocijo
de la Pascua, rey han hecho
al que veis, sobrino mío.

REY.
Pues proseguid con la fiesta.

BUSCÓN.
(Al REY.)
Y yo por él só elegido
por capitán de la guarda,
aunque pecador indigno;
y deseo que me diga
cuánto me valdrá el oficio,
así poco mas ó menos.

REY.
Mucho os valdrá.

BUSCÓN.
Salto y brinco.
Y dígame, ¿pasará
aqueste cargo a mis hijos?

REY.
¿Sois casado?

BUSCÓN.
No, Señor;
Pero agora solicito
Casarme, y faltan los medios.
Yo la quiero, que só fino,
y ella no me puede ver,
que es zagala de capricho.

REY.
¿Cómo os llamáis?

BUSCÓN.
¿Yo? Buscón,
y es un muy noble apellido;

que só Buscón de los buenos.

REY.

Y ¿qué buscáis?

BUSCÓN.

Enfenito

me pregunta el señor Rey;

pero yo he de andar comprido.

Señor, yo busco dinero

(Verá si es malo el principio),

busco las vidas ajenas

en el baile y el egido;

busco las bellas zagalas,

y con esto, busco ruidos;

porque una mujer, Señor,

más ruido da que un cochino.

DON GARCÍA.

(Ap. A sus hermanos.)

El villano no hace caso

de nosotros.

DON FERNANDO.

Yo me río

de verle hacer el papel

de rey.

DON GONZALO.

Y yo me apercibo

para hacerle alguna burla.

SESÉ.

(Ap.)

No parece rey fingido

el labrador en el talle.

RAMIRO.

(Ap.)

Mal la cólera reprimo,

Viendo que éstos me mormuran.

Y si ahora la corrijo,

es por el Rey; que si no,

vieran quién era Ramiro.

BUSCÓN.

Vaya de baile, zagales.
Sol, yo he de bailar contigo,
aunque estés tan rostrituerta;
que para ver si te obligo,
te bailo el agua delante.
Ea, seamos amigos.

SOL.
A solas te cogeré.

BUSCÓN.
Ya me hablas de haber cogido.
(Canta un zagal, y bailan los restantes.)

ZAGAL 1.º
Toros hay en nuestra villa
por el Rey, que nuevas pascuas
nos las pronostica buenas,
que es el sol destas montañas.

TODOS LOS ZAGALES.
(Cantan.)
Al coso, al coso;
que tocan la trompeta y sale el toro

ZAGAL 1.º
A los andamios, simples, serranillas,
que es el toro los celos y la envidia.

CORO DE ZAGALES.
Aprisa aprisa;
que celos no perdonan cosa viva.

REY.
Mucho, Fortún de Moncada,
el baile y fiesta os estimo;
mas no es mucho en vuestro afecto
saber hacerme servicios.
Señora, a descansar vamos.

REINA.
Vamos, Señor. (Ap. Solicito
inquirir de mi sospecha
la causa).

FORTÚN.

Besa, Ramiro,
a su majestad la mano.

RAMIRO.
Si tus pies he merecido,
soy mas allá de dichoso.

REY.
Alzad. ¿Es vuestro sobrino?

FORTÚN.
Sí, Señor.

REY.
Para que pueda,
pues es rey hoy elegido,
hacer mercedes a todos,
ya que ha repartido oficios,
repártales mil escudos,
que le doy.

BUSCÓN.
Vivas mas siglos
Rey. que una suegra y un suegro
pobre el yerno y ellos ricos.

REINA.
(Ap.)
En mí las sospechas crecen;
aqueste es del Rey el hijo.

SESE.
(Ap.)
El labrador es galán,
y tan bien me ha parecido,
que le he cobrado afición.

DON GARCÍA.
(Ap. a los infantes.)
¡Oh qué burla le apercibo
al villano!

DON FERNANDO.
Hame cansado.

DON GONZALO.

A mi me tiene mohíno.

RAMIRO.

(Ap.)

Éstos de mí están hablando.

BUSCÓN.

Sol, desde hoy quedo rico,
porque a mí me ha de tocar
la Mayor parte; que he sido
lengua de todos nosotros.

SOL.

Y el lenguaje es bien pulido
para hablar con majestades.

BUSCÓN.

Tómenlo como lo digo.
Prosigamos nuestra fiesta;
que yo no só mas crítico.

(Detiene FORTÚN al REY, y vanse los demás.)

ESCENA IV.

EL REY, FORTÚN.

FORTÚN.

Señor, escuchadme a solas.

REY.

¿Qué queréis?

FORTÚN.

Nunca he tenido
dicha de lograr mi intento
sino es hoy; y pues he sido
feliz, oíd, y sabréis
los secretos escondidos
que guarda este noble pecho.

REY.

Bien podéis, Fortún, decirlos.

FORTÚN.

Ya treinta veces el autor del día
de Piscis calentó la estación fría;
seis lustros, como digo, se han pasado
desde que yo, al descanso convidado,
en los ocultos robles desta sierra
colgué las armas, rayos de la guerra.
Si en ella te serví, dígalo el moro,
que callarlo le toca a mi decoro;
bien que el silencio a entrambos nos alcanzas
a él por su afrenta, a mí por mi alabanza.
A ese tiempo llevó mi esposa el cielo;
y aunque fue muy crecido el desconsuelo,
si algún alivio tuve contra el hado,
en una hija me quedó librado,
prudente, afable, recatada y bella;
¡Oh cuánta perfección un mármol sella!
Ramiro, muy pesada es vuestra historia,
pues me cuesta tan mísera memoria.

ESCENA V.

LA REINA, al paño. -DICHOS.

REINA.

(Ap donde está oculta.)

El labrador al Rey ha retirado;
aquí sabré si es cierto mi cuidado,
pues que cría al bastardo he presumido.

FORTÚN.

Una siesta que el sol más encendido
en la luciente esfera
llegaba a la mitad de su carrera,
envuelto o mal fajado entre unas flores
(que fueron del abril madres mejores,
que no la que proterva
Desamparado le dejó en la yerba),
un niño hallé, hallé un hermoso infante,
tan de nacer en aquel mismo instante,
que descompuse inquieto y cuidadoso
el catre de las flores oloroso,
por ver si en él acaso se escondan
su madre, vergonzosa, si no impía.
Mas él menos se engaña, pues se queja
de la poca piedad de quien le deja,

sirviéndole de lengua en sus enojos
doliente llanto de divinos ojos.
Suspenso y compasivo
en el pardo capote te recibo,
gozosa el alma, porque imaginaba
que algún oculto bien en él hallaba;
y aun todavía el alma lo desea.
Llego pues al aldea,
donde como a hijo mío
con afecto y amor al niño crío.
Mas apenas el sol las cumbres dora,
disipando las perlas del aurora
dos veces, cuando...¡ay triste!
mal el dolor resiste
el corazón turbado)
de un accidente fiero arrebatado,
mi hija Acaya hermosa
en jazmín vuelve la purpúrea rosa,
sin voz, sin pulsos, sin acción viviente;
y en fin, todo mortal el accidente,
me declara en la última dolencia
que el niño que ha criado
es tu hijo y mi nieto desdichado;
que engañó tu palabra su recato;
que te casaste luego, siendo ingrato,
Señor, con la condesa
de Castilla; que viendo tu promesa
mentida con ajeno casamiento,
tanto fue su dolor, tal su tormento,
que de infelice deshonor moría.
¡Con qué dolor lo digo! ¡ay hija mía!
Quedó Ramiro pues (que así se llama
el que naciendo escureció mi fama,
si ya no es que, como rey piadoso
honrándole, este mal hagas dichoso),
con título quedó de mi sobrino,
porque el valle de Aybar tuviese dino
sucesor, ocultándole hasta ahora
su origen, y siendo él quien más lo ignora;
bien que sus generosos pensamientos,
su valor, sus alientos,
con los demás afectos que le rigen,
señas dan manifiestas de su origen.
Es pues el que por suerte le ha tocado
el ser rey hoy y viste coronado.
Su destino, su impulso, es a la guerra;

no hay fiera tan indómita en la sierra,
que en oyendo su voz no se amedrente
y que de su presencia no se ausente.
Los árboles le tiemblan hoja a hoja.
Y aun los riscos le temen si se enoja.
En el curso veloz no hay quien le iguale;
y si a luchar a la palestra sale,
sólo cuando el ceñudo bulto arrostra,
el pastor más robusto se le postra.
No hay resabio que tenga de villano:
todo es cortés, altivo, cuerdo, urbano.
El potro más cerril solo él le doma.
Cuando la blanca o negra espada toma,
un rayo vibra; cuando tañe y canta,
los zagales suspende. Y se adelanta
en todo de tal suerte,
que por lo sabio, lo galán, lo fuerte,
en la esfera de rústico él es solo
el Héctor, el Oráculo, el Apolo.
Ésta es, Señor, la historia. Si los reyes
subordinarse deben a las leyes.
¿Qué justicia, qué ley, qué rey, qué fuero
depone el hijo que nació primero?
Que nacer natural ello se dice,
que a la ley natural no contradice.
Y si la ley divina lo condena,
eso sólo es en pena
del inicuo pecado contraído
en la generación; mas no seguido
en la progenie, pues que noble nace,
y al natural derecho satisface.
Además que en virtud y consistencia
de la palabra, puedes a tu herencia
justamente llamarlo, pues la diste
de casamiento al tiempo que le hubiste.
Y cuando juntamente eso no sea,
hónralo como a hijo, porque vea
el mundo tu clemencia y tu justicia,
haciendo su fortuna más propicia.
Mas si de hacerlo no tienes intento,
no le conozcas, no, por cumplimiento;
y esto quédese aquí, que más le importa,
siendo su dicha corta,
vivir Ramiro, como hidalgo honrado,
que ser hijo del Rey, menospreciado;
bien que en tal caso suyo será el duelo,

tuyo el rigor, y mío el desconsuelo.

REY.

Fortún, con mucha razón
os podréis de mí quejar
si no me viereis mirar
por tan justa obligación;
que aunque yo lo creía todo,
conmigo no le he llevado
hasta estar bien informado
de su traza y de su modo.
¿Qué, tan nobles muestras da
de su gran valor?

FORTÚN.

Señor,
espero que tu valor
y tus pasos seguirá;
yo lo fío.

REY.

La inquietud
fue de mi primer ardor;
Ya todo sombra es. ¡Oh flor
breve de la juventud!

REINA.

(Al paño.)
No fue mi recelo en vano;
ciega me tiene el pesar.
¡Qué presto le he de quitar
los derechos al villano!

REY.

Fortún, lo que importa es
ahora disimular,
por excusarla un pesar
a la Reina; que después
en Nájera más de espacio
destas cosas trataremos;
y a Ramiro le traeremos
decentemente a palacio,
luego que de Zaragoza
vuelva, donde ahora intento
cercar al moro, que exento,
la paz sin azares goza.

A Ramiro me envid;
que quiero ver cómo prueba
en la guerra.

FORTÚN.

Ya renueva
el seco árbol de mi edad.
Ya estoy viejo, mas si importa
para serviros mi espada,
aunque de vejez tomada,
yo te aseguro que aún corta.

REY.

No, Fortún, que ya estás viejo,
como decís; y aunque yo,
cuando de la espada no,
me valiera del consejo,
desde acá que me instruyáis
quiero, que así más me obligo.
Venid agora conmigo.

FORTÚN.

Mil años, Señor, viváis.

(Vase con el REY.)

ESCENA VI.

LA REINA.

(Sale.)

¿Qué es lo que he escuchado? ¡Él rey!
¿Cómo es posible que oyera
que aquel villano prefiera,
un vil, bastardo por ley,
a mis hijos? Vive el cielo,
que ha de morir. ¡Ah traidor!
Mortal me tiene el dolor;
no en balde fue mi recelo.
¿Compiendo a los infantes
de Navarra está un villano?
¡Y alguna sangrienta mano
los hará infelices!... Antes
deponga él la infame vida
en el vengativo acero;
antes... ¡Oh, qué infausto agüero

tiene el alma suspendida!
El serrano la corona
y la Insignia real se viste.
¡Oh, cuánto el presagio triste
segunda vez me ocasiona
mayor temor!

ESCENA VII.

DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO. -LA REINA.

DON GARCÍA.
Todo está
prevenido.

DON FERNANDO
Sólo a ti
esperamos.

REINA.
¡Ay de mí!

DON GONZALO.
De partir es hora ya.

DON GARCÍA.
Parece que no está buena
vuestra alteza.

REINA.
No, García;
que fue la enfermedad mía
del achaque de una pena.

DON GARCÍA.
¿Pena hay que causarla pueda
a vuestra alteza?

REINA.
Un azar.

DON GARCÍA.
¿Qué amenaza?

REINA.

No reinar.

DON GARCÍA.
¿A quién?

REINA.
Al que el reino hereda.

DON GARCÍA.
¡Ay cielo!

DON FERNANDO.
¿Qué novedad
es esta?

DON GONZALO.
¿Qué triste agüero?

REINA.
Si lo remediáis primero,
ya no será realidad.

DON GARCÍA.
Pues ¿es destino que deja
recurso al remedio?

REINA.
Es llano.

DON GARCÍA.
¿Cómo?

REINA.
Matando al villano
Que el valle por rey festeja.

DON GARCÍA.
Si en eso no más estriba,
fácilmente se aligera
tu azar. El villano muera,
y viva el Príncipe.

DON FERNANDO Y DON GONZALO.
¡Viva!

REINA.

Pues hijos, sabed que no
sólo es superstición vana
el que la plebe villana
por su rey le coronó,
ni es sospecha en el reinar;
que aunque es auto del dador,
es tan hijo del temor,
que él solo inventa el azar.
No es lo que me aflige ahora
abusión de engaños llena;
mayor mal causa mi pena,
causa oculta el alma llora.
Para mejor ocasión
os la guardo; primero es
darle muerte, que después
os lo diré en conclusión.
Previendo daños futuros,
aquí no hay medio: o matar
a este villano, o no estar
de la corona seguros.

DON GARCÍA.

Pues vamos, hermanos; que antes
que esconda el sol sus fulgores,
han de quedar sin temores
de Navarra los infantes.

(Vanse)

Calle de la aldea.

ESCENA VIII

SOL, BUSCÓN.

BUSCÓN.

Sol luego ¿tú no lo vistes?

SOL.

¿Qué, Buscón?

BUSCÓN.

¿Qué? Que mos vamos
a matar moros.

SOL.
¿Quién?

BUSCÓN.
Yo
y el sobrino de nuesamo.

SOL.
Como creo en Dios.

BUSCÓN.
Por ésta.

SOL.
¡Ay que enredo!

BUSCÓN.
¡Verá el diablo!...
Pescúdaselo a Señor,
que diz que lo ha embelecado
al Rey para que nos lleve
o por fuerza o maniatados.

SOL.
¿Qué en fin te vas con Ramiro?

BUSCÓN.
Helo yo rehusado harto,
porque diz que hay en la guerra
como el puño los trabajos;
empero por otra parte,
vive a ños que me he holgado.

SOL.
¿Por qué?

BUSCÓN.
Porque sos terrible:
Me haces mártir, mas non santo;
aunque en desaparecerme
de vos he de hacer milagros.

SOL.
Buscón, ¿cómo dices eso?
Dime, ¿estás endemoniado?

BUSCÓN.

¡Ay, ay! ya no es sol con uñas,
sino sol con garabato.

SOL.

¡Ah Buscón, tú a ver el mundo
te vas y acá nos quedamos!
Mas di, para que me acuerde
de ti, ¿no me dejas algo?

BUSCÓN.

¿Qué?

SOL.

Una prenda de tu amor.

BUSCÓN.

No la tengo, Dios loado;
pero yo os dejo mi burra
por vuestra. Empero es el caso
que es de Señor; si él quixere,
tendréis con ella cuidado.

SOL.

Tonto, no es eso

BUSCÓN.

Pues ¿cómo
tiene de ser?

SOL.

Mira: cuando
se despide de su dama
uno que está enamorado,
diz que le da una cadena,
un anillo o un retrato,
para que tenga memoria.

BUSCÓN.

Si eso es, ya estoy pensando
qué daros; poneos al cuello
esta cadena, que al cabo
también un anillo tiene.
(Echala al cuello una cincha.)

SOL.

Si has de estar aparejado
para ir a la guerra, y has
de tener allá algún cargo, (Pónesela.)
Póntela.

BUSCÓN.
De sólo oírlo
Me están las carnes temblando;
Pero Santiago, y a ellos.

SOL.
Tráeme sólo un par de esclavos.
BUSCÓN.
Sol, ¿teneis alguna jaula?

SOL.
¿Qué? ¿Para traerlos atados?

BUSCÓN.
Que no es para eso.

SOL.
Pues
¿Para qué?

BUSCÓN.
Para dejaros,
por muy urraca y muy loca,
metida mientras los traigo.

SOL.
Miren aquí qué finezas
Y qué amores.

BUSCÓN.
Só un bellaco.

SOL.
Yo sé que me quieres bien.

(Llégase a él)

BUSCÓN.
No retocéis; que me abrando.

SOL.

Pero allí sale Ramiro.

BUSCÓN.
¡Oste, puto!

SOL.
¡Guarda, Pablo!
Entrate, que si nos topa,
Nos dará ducientos palos;
Que es gruñidor y celoso. (Váse)

ESCENA IX.

RAMIRO, con capa y espada. –BUSCÓN

RAMIRO.
¿Buscón?

BUSCÓN.
¿Qué quieres?

RAMIRO.
Buscando
te andaba; vénte conmigo
aprisa, que importa.

BUSCÓN.
Vamos.
(Ap. Siempre me viene con estos
empujos este mochacho.)

RAMIRO.
Desde esta noche, Buscón,
te has de ensayar de criado
de obligación, pues que ya
el pie en el estribo estamos
para ir a servir al Rey,
honor y fama ganando.

BUSCÓN.
Pues bien; con toda esa arenga,
¿Qué tenemos?

RAMIRO.
Un enfado

voy a vengar en aquellos
criados del Rey, que cuando
me vieron en ese valle
por vosotros coronado,
se rieron de mí, y dijeron
que yo era un necio villano.
Y vive Dios, que si puedo
he de matarlos; que un cuarto
de legua, a lo más, el Rey
habrá de aquí caminado.
Anda pues, o iréme solo.
De enojo y cólera rabio.

BUSCÓN.

¡Oh, pesia el alma de quien
me dio leche! ¿Estás borracho?
¡Verá el hijo del dimoño
en lo que estaba pensando!

RAMIRO.

Advierte, necio, que no
porque me ayudes te llamo,
pues yo solo, vive el cielo,
para todo el mundo basto;
sino porque felizmente
sea éste el primer ensayo
que te allane en los peligros
la dificultad y el paso.

BUSCÓN.

¿Ensayarme en los peligros?
Yo me vea ensayonado
si tal ensayo yo hiciere,
aunque ande siempre sin sayo;
pero déjame apañar
dos docenas de guijarros;
que no cumpla si no estoy,
hasta huir, a tu lado.
Mas dime, entre tanta gente,
¿Cómo has de poder matarlos?

RAMIRO.

No será dificultoso.
Más gente allí he divisado.

ESCENA X.

DON GARCÍA, DON FERNANDO Y DON GONZALO, con las espadas desnudas.
-DICHOS.

DON GARCÍA.
¿Ah labrador?

RAMIRO.
¿Quién me llama?

DON GARCÍA.
¿Sois de aquesta aldea acaso?

RAMIRO.
Nacido y criado en ella.

DON GARCÍA.
¿Conocéis aquel serrano
que fue de las pascuas rey?

RAMIRO.
Como a mí.

DON GARCÍA.
¿Queréis guiarnos
a su casa?

RAMIRO.
No hay que hacerlo,
Pues con él estáis hablando.

DON GARCÍA.
Luego ¿vos sois?

RAMIRO.
Ya lo he dicho:
Yo soy, Ramiro me llamo.

DON GARCÍA.
Pues muera, y queden vencidos
desta suerte los presagios.

(Embístenle)

RAMIRO.

A un hombre solo, cobardes,
tres acometéis?

DON GARCÍA.
Matadlo.

(Éntranse riñendo, y queda BUSCÓN sólo.)

ESCENA XI

BUSCÓN.
¡Hola, hao de la aldea;
que nos matan, hola, hao!
Ramiro... Entreténgase
un poco con esos palos,
mientras yo me pongo en cobro,
para ver en lo que paro. (Vase.)

(Sale RAMIRO por otro lado, riñendo con el Príncipe y los infantes.)

ESCENA XII.

DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO, RAMIRO.

DON GARCÍA.
Labrador, detente.

DON FERNANDO.
Mira.

DON GONZALO.
Espera.

DON GARCÍA.
Advierte.

RAMIRO.
Soy rayo,
y no puedo detenerme
yo a mí mismo cuando caigo.
Cobardes, morid.

DON GARCÍA.
(Ap. Ya es

fuerza que nos descubramos.)
Ramiro, atiende que somos
los infantes. Tú has mostrado
el valor que no creímos,
con espíritu bizarro.

RAMIRO.

Pues ahora más me admiro
de vosotros, porque hallo,
al peso de mejor sangre,
más injusto este mal trato.
Los honrados, cuanto más
se precian de ser honrados
menos cometen traiciones,
a su atención obligados.

DON GARCÍA.

¿No ves que ha sido probarte?
Que a ser otra causa, es claro
que ya te hubiéramos muerto.

RAMIRO.

De cortesía lo paso.

DON GARCÍA.

Para llevarte a la guerra
con nosotros, informados
de tu persona, quisimos
experimentar si es tanto
como dicen.

RAMIRO.

Está bien.

(Ap. Ello bien puede ser malo
mas hay lances en que importa
el pasar por un engaño.)
Digo que yo os lo agradezco,
y os iré sirviendo.

DON GARCÍA.

Vamos.

ESCENA XIII.

BUSCÓN. –DICHOS

BUSCÓN.
¿Señor?

RAMIRO.
¿Qué dices?

BUSCÓN.
Venía
A saber en qué ha parado
el caso, que no lo he visto;
de cólera me he cegado.

RAMIRO.
(Ap. a BUSCÓN.)
Oye aparte. (Baja la voz)

DON GARCÍA
(Ap.)
¡Qué soberbio!

DON FERNANDO.
(Ap.)
¡Qué presumido!

DON GONZALO.
(Ap.)
¡Qué osado!

RAMIRO.
Así lograré mi intento.

BUSCÓN.
Andar espadachinando
no es para mí, que aborrezco
burlas y veras de manos.
Despídome en siendo inquieto.

DON FERNANDO.
(Ap. a DON GARCÍA.)
En todo, García, erramos.

DON GARCÍA.
Venga ahora, que después
habrá ocasión de matarlo.

RAMIRO.

Vamos, infantes.

BUSCÓN.

Adiós,

Aldea, hasta que nos veamos.

Y tú, Sol, prega el amor

que te escurezcan nublados,

que las nieblas te amedrenten,

y te mires en los charcos

más sucios de aquese valle;

que yo vó desesperado

a tierra de moros, donde

no pasa ningún cristiano.

(Vanse.)

Campo.

ESCENA XIV.

EL REY, LA REINA, PEDRO SESÉ, NUÑO, ORDOÑO.

REY.

¿Cómo se tardan tanto los infantes?.

SESÉ.

Estarán divertidos en la aldea.

ORDOÑO.

Tengo por cierto que partieron antes.

REINA.

(Ap.)

En vano su tardanza no se emplea,

si en el designio suyo van constantes.

¡Oh cuánto el alma mía lo desea!

REY.

Luego el punto quisiera, Pedro Sesé,

que mi partida a Zaragoza fuese.

SESÉ.

Señor, vuestra jornada prevenida

está con tiempo tan adelantado,

que no hay cosa que estorbe ni que impida

para que al punto sea.

REY

Me habéis dado
muy buena nueva; así que, la partida
mañana podrá ser.

SESÉ.

Y aun es tardanza.

REINA.

En la priesa consiste mi esperanza.

REY.

A vos, Señora, ya os he dado el modo
como heis en el gobierno de guiaros,
siguiendo el cuerdo parecer en todo
de Pedro Sesé, que podrá aliviaros
de mucho peso.

REINA.

En todo me acomodo
Señor, a obedeceros y agradaros,
especialmente en esto, que es muy justo

REY.

Y yo deseo en todo vuestro gusto.
Aunque sé, Pedro Sesé, la prudencia
y el valor heredado que os abona,
quiero más para aquí vuestra presencia
que no en la guerra para mi persona.

SESÉ.

No admito en los deseos competencia
de acertarle a servir; de eso blasona
mi espíritu, mi amor, mi fe, mi celo;
y esto sólo, Señor, le pido al cielo.

REY.

¿Sabéis qué pienso?

SESÉ.

¿Qué, Señor?

REY.

Si fuera

conveniente llevar a la jornada
el caballo andaluz.

SESÉ.

Señor, si hubiera
vuestra alteza de hacer pública entrada
en alguna ciudad, bien se pudiera
llevar, pero si no, no importa nada
dejarlo acá; demás, que andar no puede
en la guerra.

REY.

Mejor es que se quede,
porque del blanco aliño del plumaje
(Que atado al Betis te bebió el argento)
no cabe con el fuego el maridaje.
En bélico continuo movimiento
llamas respira, y en nevado traje
sólo es espía familiar del viento;
bien como el promontorio siciliano,
que nieve ostenta, y fuego oculta en vano.
Mas asegúroos que en aquese solo
aun de la rienda subo descuidado.

SESÉ.

Como es hijo legítimo de Eolo,
Señor, y en vuestra escuela dotrinado,
dado que le haya tal de polo a polo.

REINA.

Nadie se pondrá en él; perded cuidado.

REY.

Es en esto mi gusto tan prolijo
que lo reservo aun de mi propio hijo.
Vuestra alteza lo mande así, y lo advierta
a los infantes, si quisiere alguno
lo contrario intentar; estando cierta
que será para mí muy importuno
cualquiera que deste orden se divierta.

REINA.

No creo yo, Señor, que habrá ninguno
que a lo que es vuestro gusto así se oponga.

SESÉ.

Vuestra alteza lo ordene y lo disponga.

ESCENA XV.

DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO, RAMIRO, BUSCÓN. -
DICHOS.

DON GARCÍA.

Señor, aquí te traemos
el labrador que en el soto
festivamente ayer tarde
de rey ocupaba el solio.

RAMIRO.

Dame, gran Señor, licencia
que aun antes que el traje tosco
deponga, bese tus plantas,
brevemente venturoso.

REY.

¿No sois de Fortún sobrino?

RAMIRO.

Y esclavo vuestro.

REY.

No ignoro
quién sois; levantad del suelo.

RAMIRO.

Aun mas a tus pies me postro.

REY.

(Ap.)
¡Qué bien muestra ser mi hijo!

BUSCÓN.

Y yo está aquí, que só un tonto.

REY.

¿Quién sois?

BUSCÓN.

Dígalo Ramiro,
porque yo, Señor, no oso,

por no dar a su merced
en la cara o en el rostro
con que no tiene memoria,
pues se lo dije en el soto.

REY.

Ya me acuerdo que os llamáis
Buscón.

BUSCÓN.

Pardiobre, acertólo.

(Ap. ¿Si seria bueno darle
al Rey lo que llaman sopro
de lo que hicieron sus hijos?
Mas ¿quién me mete a chismoso?
(Habla aparte la REINA con sus hijos)

DON GARCÍA.

Mejor ocasión tendremos.

REINA.

¡Qué mal reprimo el enojo!
Pues ya que fue de esa suerte,
yo sola a mi cuenta tomo
matarle, si a la jornada
no vais con el Rey vosotros.
Oye, Nuño.

NUÑO.

¿Qué me manda
vuestra alteza?

REINA.

Escucha, Ordoño.
(Hablan aparte la REINA, NUÑO y ORDOÑO.)

SESÉ.

(Al REY.)
Puesto que está prevenido
tu ejército numeroso,
podrás partir a la aurora.

REY.

A vos se os deberá todo.

BUSCÓN.

(Ap. a RAMIRO.)
Ramiro, pregunto ahora...

RAMIRO.
¿Qué?

BUSCÓN.
¿Cómo te va de enojo
Con estos zainos infantes?

RAMIRO.
Aquel fue ímpetu honroso
no más y agora es en mi
mucho más el alborozo.

NUÑO.
(Ap. a la REINA.)
Si es gusto de vuestra alteza,
allá no faltará modo
para matarle.

REINA.
De ti
y de Ordoño fío sólo.

RAMIRO.
(Ap.)
Humilde Fortuna mía,
hoy empiezo a ser dichoso.

ORDOÑO.
(Ap. a la REINA.)
Servirte es mi mayor dicha.

(Vanse la REINA, sus hijos, NUÑO, ORDOÑO y RAMIRO.)

BUSCÓN.
Adiós, mi sol; que no torno
a verte porque estoy lejos,
y yo camino muy poco. (Vase)

SESÉ.
Señor, la Reina te espera.

REY.
Vamos, Sesé. No reposo

hasta verme en Zaragoza
combatiendo contra el moro.

JORNADA SEGUNDA

Ribera del Ebro, cerca de Zaragoza, y vista del campamento del rey de Navarra.

ESCENA I.

RAMIRO, medio desnudo, con la espada en la boca; luego, BUSCÓN, dentro.

RAMIRO.

En vano lo bizarro de mi aliento,
hoy constante elemento,
contrastar pretendiste;
Pues cuando conjurado presumiste
ser rápido homicida,
permite el cielo que mi esfuerzo impida
fatales si espumosos embarazos:
que olas no oprimen donde sobran brazos.
Frágil despojo el leve leño sea
en que la envidia vea
su intento malogrado;
pues quien golfo de sangre ha vadeado,
(Cuando el acero mío
en cada golpe desataba un río,
tal, que si alguno erraba,
con la sangre del otro se anegaba),
mal peligrar podía;
que si nadar no sé, tengo osadía.

BUSCÓN.

(Dentro.)
¡San puro Arquitriclino,
Norte tudesco, tutelar del vino!

RAMIRO.

¿Qué es esto?

BUSCÓN.

¿Ah don Ramiro?

RAMIRO.

¿Quién me llama

BUSCÓN.

Acude presto a quien diluvios mama
luchando con la muerte.

RAMIRO.

Socorro pide un hombre.

BUSCÓN.

¡Que beberte,
o piélago arrastrado,
necesite en peligro un desdichado!
Basta, agua mal nacida.

RAMIRO.

No morirás, Buscón; que aún tengo vida.
Atrévase mi aliento
contra todo el tropel dese elemento,
y quítele la presa a sus envidias.

BUSCÓN.

San Ribadavia de oro, san Esquivias,
envíadme, obligándoos mi conjuro,
a un santo tabernero, si le hay puro.

RAMIRO.

Pero ¿a qué aguardo, si esto escucho y miro?
Libre saldrás, o morirá Ramiro.
(Suelta la espada y vase, figurando que se arroja al río.)

ESCENA II

NUÑO, ORDOÑO; luego, RAMIRO y BUSCÓN, dentro.

ORDOÑO.

¿Qué, al Ebro se tornó a echar?

NUÑO.

¡Notable resolución!

ORDOÑO.

Milgróse la ocasión,
pues no sabiendo nadar,
y habiéndose el barco hundido,

se ha escapado.

NUÑO.

Él es dichoso;
mas lo bizarro y brioso
nuestro intento hará cumplido,
pues su perdición fatal
le obliga a luchar gigante,
segunda vez arrogante,
con montañas de cristal.

ORDOÑO.

Si el cielo no le da ayuda,
y entre sus olas se anega,
nuestra felicidad llega
a conseguirse.

NUÑO.

Sin duda
yo he de salir vitorioso.

BUSCÓN.

(Dentro.)
Rabie quien mal te desea.

RAMIRO.

(Dentro.)
Por aquí, que se vadea
este raudal anchuroso.

NUÑO.

¡Que tenga tanta ventura
este bárbaro!

RAMIRO.

(Dentro.)
La arena
pisas seguro.

BUSCÓN.

(Dentro.)
Ballena
has sido de mi apretura,
y yo el profeta Juan Bras,
que a predicar moros fue.

ORDOÑO.

¿Qué haremos, don Nuño?

NUÑO.

¿Qué?...

BUSCÓN.

No más barco, no Ebro más.

NUÑO.

Pues que se dejó la espada
cuando al río se arrojó,
lo que el cielo no admitió
en mi industria malograda,
podemos los dos suplir
si al salir le acometemos,
pues nadie nos ve.

ORDOÑO.

Podremos
con nuestro intento salir
fácilmente, pues desnudo,
y de las aguas cansado,
en nuestras manos ha dado.

NUÑO.

Aun de esa suerte lo dudo;
mas vaya, que la presteza
lo con tingente asegura.

ORDOÑO.

Él sale ya.

NUÑO.

Y su ventura
es tal, que también su alteza.

ORDOÑO.

Retirarnos es forzoso;
gran lance habemos perdido;
pero ahora me ha ocurrido
arbitrio más ingenioso,
que malogre su privanza.
Sígueme a mi alojamiento;
que como apruebes mi intento,

cierta está nuestra venganza.

(Vanse.)

ESCENA III.

EL REY, SOLDADOS; luego, RAMIRO y BUSCÓN.

REY.

Id, socorredle; que el peligro advierto.

SOLDADO 1.º

Va, gran Señor, el margen le dio puerto.

(Salen RAMIRO y BUSCÓN abrazados y medio desnudos.)

RAMIRO.

¡Oh piélago profundo!

Ya estás en tierra.

BUSCÓN.

Tenme; que me hundo.

RAMIRO.

Suelta.

BUSCÓN.

¿Cómo soltar?

RAMIRO.

Pues ¿estás ciego?

BUSCÓN.

No te espantes; que juzgo que me anego.

RAMIRO.

(Separándolo con violencia.)

Aparta ya,

BUSCÓN.

(Cayendo al suelo.)

La despedida es buena;

no le dijeras «agua va» a la arena.

(Quítase el REY la gabardina, que entrega a un soldado.)

REY.

Dadle, soldados, esta gabardina,
cubridle presto; la piedad me inclina,
y su gallardo aliento,
a socorrerle; que refresca el viento,
y puede hacerle daño.
(Visten los soldados a RAMIRO con la gabardina del REY.)

SOLDADO 1.º
¡Generosa piedad!

SOLDADO 2.º
¡Favor extraño!

RAMIRO.
¡Oh excelso Rey! feliz mi suerte ha sido,
pues merced tan crecida ha merecido.
Con su amigo trocó traje Alejandro;
y si yo, deste golfo fui Leandro,
con valor sin segundo,
Dueño, Alejandro, tú de nuevo mundo:
pues para que lo seas,
la purpura que en mí pródigo empleas,
tanta he de derramar de la africana,
que inunden a Aragón mares de grana.

BUSCÓN.
Y yo, que soy el pobre compañero
si unas botas merezco por ser cuero
(que los cueros y botas
aunque monjas no son, son muy devotas),
en virtud del favor por duplicado,
con quien entrando puro salió aguado
tanto licor bermejo, tanto rojo,
pienso envasar, si a vendimiar me arrojo.
Que ayudado de Baco, dios vecino,
inunde en Aragón golfos de vino.

REY.
Vestid a ese escudero.

BUSCÓN.
Déte el Papa un bonete, rey ropero.

REY.
Pues ¿cómo ha sucedido
este fracaso?

RAMIRO.

Vuestra alteza ha sido
motivo del pesar que me ocasiona.

BUSCÓN.

No ha sido sino el barco.

REY.

Tu persona
estimo en más que el reino que posees,
por vida de la Reina.

RAMIRO.

Yo lo creo.

REY.

Pues ¿en qué estoy culpado?

RAMIRO.

En haberme estimado
Vuestra alteza de suerte,
que desvela envidiosos en mi muerte;
que antes de sucedido,
se juzga por insulto presumido
cuanto humilde nació.

REY.

Quien valeroso
hazañas eterniza,
a sí mismo, sin padres, se autoriza.
(Ap. Y tu valor es tal ¡ay hijo amado!
Que dé el reino y la persona fío.)
Dime, ¿quién a tu vida, caviloso,
se opuso?

RAMIRO

No lo sé.

REY.

Si lo brioso
de tu valor procura
ocultarle, juzgando que asegura
venganza más honrada,
y el tribunal remites a la espada,
que me enojas te advierto.

Ramiro, di, ¿quién fue?

RAMIRO.
No lo sé cierto.

BUSCÓN.
¿Cómo no? Vive Dios que es desvarío
negarlo.

REY.
Pues ¿quién fue?

BUSCÓN.
Señor, el río.
Y fue, como a los dos nos llevó un barco,
que se tumbó en el charco,
y en calzones no más (ojalá enaguas),
nos hizo el Ebro chamebote de aguas;
que dije, al engullir linfas oscuras:
«Buscón, ¿quién diablos te metió en honduras?»
Padal ayuda, su valor celebros;
volvió a arrojarse al Ebro,
sacóme en escabeche,
mamé más agua que una burra leche;
y voyme agora, dada esta noticia,
a que la empujen fuera por justicia.
(Mostrando los dos dedos de la mano derecha.)
Estos dos alguaciles; que mis miedos,
para que saquen prendas, meten dedos. (Vase.)

ESCENA IV.

RAMIRO, EL REY, SOLDADOS.

REY.
Cuéntame tú, Ramiro,
por extenso este caso.

RAMIRO.
Sólo miro
tu gusto, con mi daño;
óyle, pues, y juzgarásle extraño.
Privilegios de las treguas
(en que gustas que dilate
esperanzas Zaragoza,

y el cerco incomodidades)
ocasionaron a amigos
que impidiesen los cristales
de ese jayán de los ríos
congojas caniculares.
Convidáronme (no digo
sus nombres por no irritarte,
su poca fe los castigue),
a un barco tres capitanes.
Acetéle; y seis remeros
las aguas ligeros baten,
volando de tal manera,
que pudo emular las aves.
discurría divertido
en sus vidrios, por la parte
que encubre lo poderoso,
desmintiendo lo intratable,
cuando al espirar el sol,
bostezando entre celajes
desmayos de luces tibias,
sacudiendo obscuridades,
buzos que el oro cohecha,
ocultos y diestros abren
la quilla, donde un barreno
da entrada a las ondas fácil.
Arrójanse al agua todos,
y prácticos en los trances
marítimos, sin peligro
la arena pisan del margen.
Sólo yo y ese criado,
tan bisoños y ignorantes
en saber vencer los riesgos
de los ríos y los mares,
confusos cuanto indecisos,
oímos, al retirarse
los cómplices, que decían:
«Muera el rústico arrogante,
que objeto del Rey, grosero
llegó tanto a entronizarse
en fe de sus brutas fuerzas,
que osó competir los grandes».
Desnudámonos entonces,
expuestos a los combates
de la fortuna y las olas;
cuando sintiendo volcarse
el leño, al agua me fío,

llegando el peligro a darme
las liciones nadadoras
que al descuido negó el arte.
Saqué en la boca el acero,
por lo asustado y inhábil,
tan opreso, que por poco
me retratará cadáver.
Pero oyendo a mi criado
pedir socorro y llamarme,
vuelvo otra vez a la lucha
dese líquido gigante.
Restituíle a la arena,
y ferióme el cielo afable
en tu piedad generosa
favores y premios reales,
tan dignos de envidias nuevas,
que si en el campo se saben,
han de añadirme motivos
que en más empeño me enlacen.
Templa, oh gran monarca, templa
excesos que en mí no caben.
A un monte la cuna debo:
él será mi humilde padre;
pues, de la suerte que quita
el manjar exorbitante
la vida impensadamente
al que es de complexión frágil,
también suelen los favores,
al sugeto desiguales
ahogarle de apoplejía,
y recelo que me maten.

REY.

Véte a descansar, Ramiro;
que tengo despues que hablarte
en abono de lo que eres
y en estima de tu sangre.

RAMIRO.

No has de hacer información
de los que contra mí...

REY.

Baste;
véte, y más no me repliques.
Soldados, andad, guiadle

a mi alojamiento y tienda
y haced que en ella descanse.
(Ap. Oh navarro valeroso,
Sol eres, no han de eclipsarte;
yo sabré quién son las nubes
que de ti piensan privarme)

(Vase RAMIRO con los soldados.)

ESCENA V.

MENDO con tres cartas. -EL REY.

MENDO.
Déme los pies vuestra alteza.

REY.
Oh Mendo, seas bien venido.
¿Traes cartas?

MENDO.
Ésas han sido
Alas de mi ligereza. (Dale las cartas.)

REY.
¿Queda con salud mi esposa?

MENDO.
En el alma, no Señor;
que enfermo de ausencia amor,
dificilmente reposa.
En lo demás, Dios la guarde,
las esperanzas de verte
beldad la añaden; de suerte,
que el sol recela el alarde
de su luz en su Presencia.

REY.
¿Mis hijos?

MENDO.
Su juventud,
fiadora de la salud,
en gallarda competencia
a tu corte regocija:

galas, festines, paseos
son sus comunes empleos.
Trazaban una sortija
los tres cuando me partí,
y ha de ser mantenedor
el Príncipe, mi señor.

REY.
Ejercitándose así,
se habilitan los alientos
de mocedades traviesas,
para más arduas empresas.

MENDO.
Las fiestas son rudimentos
de la guerra en lo más tierno
que la edad florida ve.

REY.
¿Cómo está Pedro Sesé?

MENDO.
Atento a todo el gobierno.
de Navarra.

REY.
¡Gran vasallo!
Gran talento! Gran lealtad!

MENDO.
Digna es su capacidad
de tu favor.

REY.
El caballo
mejor que entre las espumas
del Betis bebió su aliento,
y mayorazgo del viento
hurtó a su esfera las plumas,
le confié, y advertí
que ninguno en él subiese,
aunque mi propio hijo fuese,
no extrañarás de que así
pondere la estimación
que de él hace mi cuidado.

MENDO.

Eres rey y eres soldado;
y toda ilustre nación
precia el caballo y la espada,
en guerra y paz, sobre todo.
Y el que alabas es de modo,
que la reina celebrada
que dio muros a Babel
(si su historia no es quimera),
a merecerle, cumpliera
su amor monstruoso con él.
La Reina y Sesé en efecto,
a pesar de la porfía
del príncipe don García,
de manera tu precepto
guardan, que aunque varias veces
ponerse en él ha querido,
nunca se lo han permitido;
respondiendo que mereces
sólo tú, por lo bizarro
y lo diestro sin igual,
ser de Bucéfalo tal
el Alejandro navarro.

REY.

García no se entretiene
sino es en darme pesar.
Véte, Mendo, a descansar
¡Terrible condición tiene!
(Vase MENDO)

ESCENA VI

EL REY.

(Abre las cartas.)
Letra es ésta de mi esposa,
y del príncipe Fernando
estotra es, que más blando
es y de más generosa
inclinación que García.
De Gonzalo es la tercera;
digno de un imperio fuera,
si, como en la bizarría,
en lo afable se extremara;
no hay noble que con él prive,

Sesé solo no me escribe;
pero, como de él se ampara
con la mano que le di,
tanta consulta y negocio,
no hallará lugar el ocio.
Dice pues la Reina así:
(Lee.) «Proprio es de las majestades
»servicios satisfacer;
»mas cuando es cuerdo el poder,
»proporciona calidades.
»Gran Señor, felicidades
»adquiridas sin sazón,
»tal vez dieron ocasión
»al villano atrevimiento;
»si no engrandecéis con tiento,
»guardáos de alguna traición».
¡Válgame Dios! ¿Por quién puede
decir la Reina este enigma?
¿A quién mi favor sublima,
que sin fe y lealtad procede
ingrato a mis beneficios?
Pero ¿cuándo una mujer,
desvelada con querer,
dejó, aunque falten indicios,
de recelar sospechosa
riesgo de quien tiene amor?
Hazañero es el temor,
la sospecha maliciosa.
teme la Reina mi vida,
que a la suya la antepone;
lo que teme me propone,
más amante que entendida.
Que es envidia es cosa clara;
fiera que la corte cría.
¡A cielos! de don García
es ésta y dice: (Lee.) «Repara,
»Señor, en que es cosa cierta
»que Ramiro, ese villano,
»desvelo de tu real mano,
»con el moro se concerta,
»y muerto tú por la suya,
»aspira, con su favor,
»ser de Navarra señor».
Cuando cavilosa arguya
tanta acusación, recelo
fundamentos de verdad

en pruebas de calidad
tan grande: Fortún, su abuelo,
me intimó el derecho un día
que alegaba a mi corona
su nieto, y esto pregonaba
la Reina con don García
y don Fernando. ¿Si acaso
supo quién su madre fue
Ramiro, y que la juré
ser su esposo, y que el ocaso
de su vida, en el oriente
de la luz que le sacó
al mundo, le ocasionó
mi descuido? Pero miente
mi sospecha: fina aspira
la Reina... Mas no leo más.
Ramiro, seguro estás
en mi amor: todo es mentira.
Todo envidia cuanto traza
la pasión de pechos crueles.
Del modo que estos papeles,
tu crédito despedaza (Rómpelos.)
mi sospecha. La conquista
de Zaragoza confío
de tu valeroso brío;
huyó el moro de tu vista,
temblando, al ver que destroza
ejércitos de alquiceles
tu acero: teje laureles,
y reine yo en Zaragoza;
que mientras tu brazo lidia,
si en ella triunfo por ti,
yo haré que pises por mí
los áspides de la envidia.

ESCENA VII.

ORDOÑO. -EL REY.
(Empieza a oscurecer.)

ORDOÑO.
(Ap)
Aquí está el Rey; si el ingenio
sale con el laberinto
que el interés y la industria,

desvelándome, han tejido
cumpló a la Reina venganza,
los tres infantes obligo,
honras a mi casa aumento,
y destruyo a quien envidio.

REY.

Ordoño, ¿dónde a tal hora?

ORDOÑO.

A costa, Señor invicto,
del ocio, descanso y sueño,
desvelos tuyos imito,
y en fe del cargo que ocupó,
rondo postas, examino
cuerpos de guarda, doy nombres,
y alojamientos registro.
Tan atento mi cuidado
está siempre a tu servicio,
que ha de confesar Navarra
que tu corona redimo.
Tu vida (guárdela el cielo)
saco de ocultos peligros,
desbarato deslealtades,
y tus ejércitos libro.
Deudor me eres de todo esto.

REY.

¿Qué has dicho, Ordoño, qué has dicho?
Turbado vienes, sosiega.

ORDOÑO.

Es de manera inaudito
el riesgo en que te engolfan,
las traiciones que averiguo,
que el considerarlas sólo,
a más aliento que el mío,
desmayándole, asombraran.

REY.

Todo lo ponderativo
hace el crédito dudoso.

ORDOÑO.

A tus ojos lo remito,
pues apurando verdades,

dirás que pecan de tibios
estos encarecimientos.

REY.

Habla pues, Ordoño, dilo.

ORDOÑO.

¿Creerá vuestra majestad
que culpando a mis oídos,
por dos veces esta noche
los ojos he desmentido,
y que dudoso otras tantas,
cuanto más las verifico,
menos fe las doy, creyendo
que entre sueños las fabrico?
Porque, a no ser así, ¿cómo
podrá un mediano juicio
persuadirse atrocidades
de un hombre, a quien el destino
de su fortuna violenta
le trasladó de los riscos,
de su nacimiento tosco,
de sus bárbaros principios,
al cielo de tus favores
(Aunque por su esfuerzo digno
en parte de merecerlos),
pregoneros sus delitos
de ingratitudes tan grandes?

REY.

Va, Ordoño estás entendido.

Basta, no prosigas más:

el acusado es Ramiro,

y tú el fiscal envidioso,

que osaste hacer asesino

contra su vida inocente

todo el tropel dese río.

Ven acá, ¿qué oposición

de estrellas pueden contigo

tanto, que infamen venganzas

respetos de bien nacido?

¿Qué agravios te descomponen?

¿Qué injurias, qué ofensas te hizo?

¿Qué empresas te ha malogrado?

¿Qué medras te ha deslucido?

¡Tanto perseguir la suerte

a una espada, por quien miro
casi entrada a Zaragoza,
desmenuzando sus filos
multitudes sarracenas,
sus ejércitos moriscos,
sus medias lunas alarbes,
sus murallas y castillos!
Emúlale generoso;
imítale si es prodigio
de la destreza y las armas;
sácale, si te ha ofendido,
al campo; mide con él
brazo y acero; haz testigo
mi ejército, si le vences,
del laurel apetecido.
No de mujeres te valgas;
ni busques el patrocinio
de infantes mozos y ausentes,
que me afirmen por escrito
traiciones con apariencias
por civiles artificios,
fabulosos argumentos,
imaginados delirios
de venenos maliciosos;
porque contra éstos, te afirmo
que es antídoto mi amparo
vital y preservativo.
Y no otra vez vituperes
en mi presencia, atrevido,
su origen, aunque a los montes
les deba cuna y hospicio;
que si supieras ventajas
que te lleva en lo exquisito,
te humillarás; pero baste.
Sal de todo mi distrito;
no entres jamás en Navarra.

ORDOÑO.

Gran Señor, si mis avisos
estribaron solamente
en sospechosos indicios,
en aparentes engaños...

REY.

¿Qué, aún perseveras?

ORDOÑO.

Tú mismo,
mientras yo cumplo rigores,
sé el testigo fidedigno,
tú el juez de tu propia causa,
de cuál es en tu servicio
más leal, mejor vasallo:
o tu abonado valido,
o yo, infeliz hasta en esto.
Ése que sale es Ramiro;
repara secreto y sabio,
aunque severo conmigo,
en el traje que le adorna,
sí de su naufragio abrigo,
ya disfraz de sus traiciones.
Verás que con tu vestido
leal sólo en la corteza,
cubre hipócritas delitos.
El otro que le acompaña
es Omiz, del moro primo
que venera Zaragoza,
y con el traje mentido
de cristiano, le promete
tu navarro señorío;
que yo me voy por no verlo. (Vase.)

ESCENA VIII.

EL REY; después, NUÑO, RUI VELA y BUSCÓN.

REY.

Mucho aprieta este testigo.
Hallo que Ordoño y las cartas
dicen conformes lo mismo;
la gabardina conozco
que le di cuando del río
salió; las sospechas crecen...
mi atalaya sea este risco.

(Retírase, y sale NUÑO con la gabardina del REY; RUI VELA, rebozado, y BUSCÓN tras ellos.)

BUSCÓN.

Que un hombre con la pensión
del vino, que sueños fragua,

duerma. vaya; mas con agua
toda una noche, lirón,
durmiente octavo, Holofernes,
pronóstico es de cuartanas.
Nunca durmieron las ranas
sino es vigiliyas y viernes.

NUÑO.

(Ap. a RUI VELA.)

Nuestro engaño prevenido,
mal le podemos errar.

RUI VELA.

(Ap. a NUÑO.)

Sin duda se ha de lograr;
que el Rey escucha escondido.

BUSCÓN.

El río al postrer suspiro
me tuvo a pique del credo
gargarizante... Mas quedo,
que está aquí nueso Ramiro;
y en puridad a lo oscuro
habla. Buscón, escuchad
misterios en puridad,
pues soy buscón de lo puro.

NUÑO.

(En voz alta.)

Eso queda concertado.
Muerto el Rey en conclusión,
y en llorosa confusión
su ejército alborotado,
fácil es que el vuestro embista
a la aurora de repente,
pues sin orden nuestra gente,
¿Quién ha de haber que os resista?
Rotos los navarros pues,
embistiendo con presteza,
hallándose sin cabeza,
rendidos están los pies.
Coronaráme Pamplona,
y aclamándome su rey,
restituiré a vuestra ley
cuanto don Sancho blasona.
Así de Zalda la mano

mi amor solícito goza:
tendrá el rey de Zaragoza
un hijo en mí y un hermano,
sin dividirse jamás
nuestra opuesta religión.

BUSCÓN.

(Ap)

¿Matar el Rey un peón?
¡Zape! No sirvo yo más.

RUI VELA.

Ramiro invicto, todo eso
te traigo del Rey firmado.
Apláudate coronado
Navarra, que si el suceso
concertado la fortuna
no estorba y don Sancho muere,
tu valor a Zaida adquiere,
dueño tal sol de tal luna.
Entrémonos en tu tienda,
y los despachos verás.
Vamos pues.

NUÑO.

(Ap. a RUI VELA.)

¡Qué bien lo has
disimulado! Suspenda
mi artificio al Rey, que inclina
a un rústico sus acciones,
y entiérrenle sus terrones.
Hurtéle la gabardina
luego que el riesgo del río
brindó a su cansancio el sueño.

RUI VELA.

(En alta voz.)

De Navarra serás dueño.

NUÑO.

Del Rey y de ti lo fío.

(Ap. a RUI VELA. Vuélvole la gabardina
a la tienda, en que dormido
está, pues he conseguido
el suceso.)

RUI VELA.

(Ap. a NUÑO.)

Ya se inclina

la suerte a hacerle pesar.

No he visto traza mejor.

pues lo que en él fue favor,

el favor le ha de quitar.

(Vase con NUÑO, y sale el REY.)

ESCENA IX.

El REY; BUSCÓN, al paño.

REY.

¡Oh bárbaro! No tienes sangre mía
(engañóme tu madre, cual tú aleve);
de alguna fiera sí, que el monte cría,
ya la inocencia en sangre alientos bebe.

Mi esposa, mi Fernando, mi García,
Ordoño fiel, a quien mi vida debe
segundo ser, proféticos testigos,
hoy también lo serán de tus castigos.

-Nuño, Ordoño, soldados, caballeros,
despiérteos la traición de un homicida.

BUSCÓN.

¿No dije yo que ell agua, todo agüeros
güeros, nos empollaba la salida?
Mas ¿que el Rey nos retoza los gargueros?

ESCENA X.

ORDOÑO, MENDO; NUÑO, sin la gabardina. -DICHOS.

MENDO.

Gran Señor, ¿qué desgracia no advertida
se atreve a tu inquietud?

ORDOÑO.

Medio desnudo
tu voz oí, y a tu servicio acudo.

NUÑO.

Los acentos de Ordoño entre los labios

de quien me desterró, templen rigores;
que desdenes del Rey no son agravios
cuando el leal los juzga por favores.

REY.

¡Oh Ordoño! ¡Oh Nuño! ¡Oh consejeros sabios!
Domésticos han sido los traidores
que la ambición conjura en mi desdoro;
no Zaragoza infiel, no su rey moro.

ESCENA XI.

RAMIRO, con la gabardina. -DICHOS.

RAMIRO.

¿Qué es esto, gran Señor? ¿Ha acometido
el alarbe esta noche las trincheras?

REY.

Prendedme a este bárbaro, nacido
de algún peñasco, amparo de las fieras.
¡Si como mudar sabes de vestido,
mudar de natural, traidor, supieras!

RAMIRO.

¿Yo traidor?

REY.

Vaya Preso.

RAMIRO.

Lisonjeros.

REY.

Dejadme con él solo, caballeros;
no le prendáis, dejadle, vuelva el sueño
a descuidar las armas por un rato.

ORDUÑO.

(Ap. a NUÑO.)

¿Con él a solas, Nuño?

NUÑO.

Hoy me despeño,
si el Rey alcanza nuestro doble trato.

REY.

Idos pues; ¿qué aguardáis?

NUÑO.

(Ap.)

¡Terrible empeño
por gusto de la Reina!

ORDOÑO.

(Ap.)

¡Ah, cielo ingrato!
(Vanse NUÑO, ORDOÑO y MENDO.)

BUSCÓN.

(Al paño.)

La trampa cogió al lobo; el riesgo es mucho;
escúrrome esta vez, y más no escucho.
(Vase)

ESCENA XII.

RAMIRO, EL REY

REY.

Rústico desbaratado,
si el favor inadvertido
que hasta ahora me has debido
y con traiciones pagado,
merece que provocado
de tu bárbara ambición,
des a la muerte ocasión,
que alevemente trazada
(Saca la espada.)
me buscas, saca la espada;
no me mates a traición.
Saca ya el cobarde acero,
aunque valiente hasta ahora,
y no en la pérfida mora
tu dicha estribe si muero.
Soldado, no rey, te espero;
que aunque es la vejez desmayo,
y en la edad robusta estés,
cada cana que en mí ves
es una flecha, es un rayo.

¿Qué es lo que aguardas? Desnuda
La espada.
(Pone RAMIRO su espada a los pies del REY.)

RAMIRO.
Para que así
vuelva inocente por mí
contra delitos en duda,
satisfago con voz muda
lo que hizo aleva apariencia;
mas mientras no es evidencia
no se castiga el agravio;
ni primero, el juez que es sabio,
que oiga descargos, sentencia.

REY.
¿Qué descargos, di, traidor,
si yo mismo...?

RAMIRO.
¡Oh lo que pueden
obligaciones que exceden
a empeños justos de honor!
¿Traidor dos veces, Señor?
¿De tu boca? ¡Ah nunca fueras
mi príncipe! ¡Ah, nunca hubieras
tu favor logrado en mí!

REY.
Pues cuando no fuera así,
¿Qué hicieras, loco? ¿Qué hicieras?

RAMIRO.
¡Ah! ¿qué hiciera?

REY.
Calla, aleva;
que en fe de tu bajo ser,
quien no tiene que perder,
a toda infamia se atreve.
Como el valor no te mueve,
precipitas tus acciones;
mas para que no ocasiones
insultos de infame eleto,
oye, aunque indigno un secreto
que te empeñe a obligaciones.

Naciste de madre tal,
que fue fénix malograda
de Navarra; destinada
un tiempo a su solio real;
tu padre fue tan mi igual
en todo, que solamente
será desde hoy diferente
de mí, que el honor elijo,
en que te tuvo por hijo;
mira si es bien que se afrente.
No esperes que más te diga;
juzga en la sangre que escondes,
cuán airoso correspondes
a empeños en que te obliga;
y luego tú te castigas
a ti mismo, en quien remito
venganzas de su delito
porque tu ejemplo nos pruebe
que nobleza en el aleve
no es nobleza, es sambenito. (Vase.)

ESCENA XIII.

RAMIRO.

Alto, Ramiro; demos
a la envidia lugar, desenojemos
el hado. En vos, mi sierra,
colgando los despojos desta guerra,
adornarán sus robles;
las ricas piedras, los metales nobles
crían vuestras entrañas;
si así los reyes premian las hazañas,
coja el necio sus frutos;
que en fin no hallaré envidia entre los brutos

Audiencia de la reina de Navarra, en Pamplona.

ESCENA XIV.

DON GARCÍA; PEDRO SESÉ, con unos memoriales.
(Habla SESÉ como dirigiéndose a personas que están dentro.)

SESÉ.
(Al salir.)

Esos despachos, señores,
penden de su majestad;
hoy no da audiencia la Reina,
mañana despachará.

DON GARCÍA.
¿Pedro Sesé?

SESÉ.
¿Gran Señor?

DON GARCÍA.
Oblígame a replicar.
Sobre ya negados ruegos
(confesaréos la verdad,
como Doble y como amigo),
cierta adorada beldad,
en quien mi palabra y fe
se ha empeñado; claro está
que no queréis voz se quiebre,
siendo tan cuerdo y leal.
Ese caballo difícil
me ha llegado a ocasionar
irremediables desdenes,
mientras menos liberal
que os merece lo que os precio,
toda vez me le negáis.
Sin que mi madre lo sepa,
solamente correrá
una lanza en la sortija;
en esto ¿qué aventuráis?
Don Pedro, por vida vuestra,
Pesadumbre me excusad;
por vida del Rey, mi padre.
¿Quién duda que la estimáis
más que la vuestra? Por vida
de la Reina, que lo hagáis,
porque he dado la palabra.

SESÉ.
Hicisteis, Señor, muy mal
en arriesgarla, sabiendo
lo que mandado nos ha
el Rey, que en tales materias
excede de puntual.
Escríbale vuestra alteza,

y excúseme a mí el pesar,
que en no servirle padezco.

DON GARCÍA.

¿Sabéis vos, Sesé, ignoráis;
que de Navarra y Castilla
soy príncipe natural?

SESÉ.

Sélo, gran Señor, de suerte,
Que pudiera interpretar
mi nombre, porque lo sé
sos veces: sé, sé.

DON GARCÍA.

Dejad
eso a las genealogías;
y si mi gusto intentáis,
hacedme, no sea servicio,
Sesé, hacedme esta amistad.

SESÉ.

Sirviérais yo con los ojos,
si el Rey mi señor...

DON GARCÍA.

Mirad
que soy sol en el oriente,
y que se nos pone ya
esotro sol, y que suelen
los herederos guardar
un enojo de por vida.

SESÉ.

Nunca la fidelidad
temió riesgos del enojo,
cuando la opinión...

DON GARCÍA.

Callad;
que sois un bajo escudero,
un villano desleal.

SESÉ.

Un vasallo muy humilde,
que es mi blasón principal.
(Hácele una reverencia, y vase)

ESCENA XV.

LA REINA. - DON GARCÍA.

REINA.

¿Qué es esto, Príncipe? ¿Cómo
descompuesto maltratáis
a quien vuestro padre estima?

DON GARCÍA.

Estímale mucho más
vuestra alteza, y a saber
lo que pasa...

REINA.

Si escuchar
os pude oculta. sabrélo.
Pedro Sesé es el cristal
de Navarra, en quien se mira
la prudencia y la lealtad;
y vos sois un atrevido,
y en fin, sois un...

DON GARCÍA.

Claro está
que en cosa que toque a Sesé
ha de ser su tutelar,
aunque al Príncipe posponga,
siempre vuestra majestad.
Pondérole más sublime
su virtud, su calidad,
su gobierno, sus desvelos;
que bien le conocerá
quien consulta días y noches
a solas, capacidad
que ocasionando malicias...

REINA.

¿Cómo? ¡Oyóse nunca igual
atrevimiento! ¡Hola, infantes!
¡Ah de mi guarda! Jamás
vio el mundo...

DON GARCÍA.

Pues yo ¿qué he dicho?

REINA.

¿Qué has dicho? ¿Qué? La maldad
más propia a tu inclinación.

ESCENA XVI.

DON FERNANDO, DON GONZALO. –DICHOS

DON FERNANDO.

Gran Señora, ¿voces das?
no son sin mucha ocasión.

DON GONZALO.

¿Quién te ha disgustado?

REINA.

Atad,
Infantes, a aquese loco. (Vase)

ESCENA XVII.

DON FERNANDO, DON GONZALO, DON GARCÍA.

DON FERNANDO.

Príncipe, ¿qué es eso?

DON GARCÍA.

Dar
desahogos a la ira,
patrocinio a la verdad.
Pedro Sesé con la Reina...

DON FERNANDO.

¿Qué, García?

DON GARCÍA.

Si el pesar
no me mata... Mas seguidme.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué has visto?

DON GARCÍA.
Este lugar
no es seguro para mí.
(Ap. De entrambos me he de vengar.)

DON FERNANDO.
Hermano, príncipe, ¿qué
te enoja?

DON GARCÍA.
La Majestad
violada y mi deshonor.

DON FERNANDO.
Acaba de declarar
cosa que nos toca a todos.

DON GARCÍA.
Apenas acierto a hablar.
Pedro Sesé y nuestra madre...

DON FERNANDO.
Calla, no prosigas más;
Mueran.

DON GONZALO.
Tu resolución
confirmo.

DON GARCÍA.
Pues ayudad
mi venganza.

DON FERNANDO.
¿De eso dudas?

DON GONZALO.
Sépalo el Rey.

DON GARCÍA.
Y será
más acertado. (Ap. El caballo
sus vidas ha de costar.)

JORNADA TERCERA

Campo inmediato a Pamplona.

ESCENA I.

EL REY y SOLDADOS salen marchando por una parte, LA REINA, PEDRO SESÉ y ACOMPAÑAMIENTO, por otra.

REY.

Gozoso ofrezco a tu pomposa vista,
oh corte coronada, los trofeos
de la ciudad augusta, porque asista,
pisándolos tus pies, a mis deseos.
De nuevo resplandor la cruz se vista
en tus siempre cristianos Pirineos,
y sobre el árbol de tus canos riscos
estandartes al sol ferie moriscos.

REINA.

Ya no quiero más dicha, Rey, esposo,
dueño y señor del alma, que os espera;
a los brazos remito más airoso
el silencio que mudo la pondera.

REY.

Mi amor, esposa cara, victorioso,
apresurando hazañas, porque os viera,
os presenta por timbre de Sobrarbe,
la Menfis de Aragón, Babel alarbe.

SESÉ.

Añada, gran Señor, a tu corona
lo que de España resta.

REY.

Y vos en ella
Gobernador, tendrá en vuestra persona
segura paz y favorable estrella.
¿Qué es de mis hijos?

SESÉ.

Quieren en Pamplona,
cuando te acerques a su vega bella,
que abriendo muros, triunfos te aperciba

el laurel, abrazado con la oliva.

REY.

¿Cómo está mi caballo encomendado?

SESÉ.

Racional esta vez y discursivo
demonstraciones hace, alborozado
apetece el jaez, desea el estribo.

REINA.

¡Oh si supieses lo que me ha costado
tus órdenes guardar!

REY.

Siempre recibo,
que ausente estoy y bárbaros molesto,
pesares de García. Mas ¿qué es esto?
(Tocan dentro cajas destempladas.)
¿Agora destemplados tambores
y lúgubres las fúnebres trompetas?
¿Quién nunca vio que en trágicos horrores
la púrpura presagie las bayetas;
el ciprés, los laureles vencedores;
apellidar victoria las baquetas?
¿Qué es esto, Sesé, que mis ojos miran?

ESCENA II.

DON GARCÍA, DON FERNANDO, DON GONZALO y ACOMPAÑAMIENTO; todos
de luto. -DICHOS.

DON GARCÍA.

Ignorar y temer.

REY.

Todos se admiran.

DON GARCÍA.

Postrárame yo festivo
a tus pies, oh gran Señor,
coronando lo triunfante
del árbol, desdén del sol;
conmigo aplausos te hicieran
los infantes; pero no.

Que en tu ofensa interesados,
cubren de luto el honor.
¡Ah, si lazo el sentimiento,
si mi verdugo el dolor,
anudado a la garganta,
de tu fama protector,
me impidiese al pronunciarlo
los conductos de la voz!
La condesa de Castilla,
no ya reina, esposa no
del padre que un tiempo tuve,
y su adúltera afición
han malogrado...

REY.
¿Qué has dicho?

REINA.
¡Ay, cielos!

REY.
Mordazas pon
a los sacrílegos labios;
que a la luz que te elevó
sobre la esfera del aire,
le impides el resplandor.
¿Contra tu madre y tu reina
frenético acusador?
¿Para tu sangre verdugo?
¿Para mí, para tu honor?
¿Tú eres fruto de tal árbol?
¿Tú de tal rama eres flor?
¿Tú príncipe de Navarra?

DON GARCÍA.
Ni lo estimo ni lo soy.
Quien me infama no es mi madre;
no tu esposa quien rompió
coyundas al sacramento,
privilegios a su unión.
No ilusiones quimerizo,
no crédito a indicios doy
que ajenos labios refieran;
testigos mis ojos son
de tu deshonor y mi afrenta.
Ese que gobernador

de tu reino, ingrato busca
tu yalimiento, creyó
que del modo que tu reino
rige, también tiene acción
al tálamo que honestaste,
dos veces conspirador.
Los infantes, mis hermanos,
te dirán si es presunción
o certidumbre este aviso;
mientras que con ellos yo
salgamos, según los fueros,
desde que el primer albor
de la aurora esmalte orientes
hasta que la confusión
de la noche ocasos manche,
contra cualquier guerreador
que frenético defienda
ser falsa la acusación
que todos tres intimamos.
Un mes de plazo les dio
la ley a los delincuentes;
busquen en él defensor,
que a ese mismo, cada día
armados, satisfacción
a tu afrenta buscaremos.
Juez te aclamo, padre no.
Navarros, siempre las leyes
en vuestro antiguo valor
se veneraron intactas;
no se quebranten pues hoy.
La verdad sólo es mi madre;
ésta definiendo. Pues sois
sus conservadores recios,
viva en vuestra protección.

(Vuelven a tocar las cajas, y vase DON GARCÍA con el acompañamiento; los infantes pretenden seguirle, y el REY los detiene.)

ESCENA III.

DON FERNANDO, DON GONZALO, EL REY, LA REINA, PEDRO SESÉ,
SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

Espera, Fernando; escucha

Gonzalo: ¿habrá presunción
que acredite por vosotros
vislumbres de tal error
contra vuestra madre, infantes?

DON FERNANDO.
Ya te lo ha dicho, Señor,
el príncipe don García:
participamos los dos
de esta ofensa; no es posible,
si él por sus ojos lo vio,
y es el más interesado,
que contra él haya excepción. (Vase.)

REY.
Y ¿tú, Gonzalo, también?

DON GONZALO.
Yo estimo mas la opinión
que la sangre, y el testigo
es tal, que me convenció.

ESCENA IV.

EL REY, LA REINA, PEDRO SESÉ, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.
Fortuna, ¿éstos son tus fines?
¿No me estuviera mejor
el sepulcro en la puericia
que a la vejez tal baldón?
Vaya la Reina al castillo
de Aybar, Sesé a la prisión.
(¡Ah cielos!) La ley se cumpla.

REINA.
Mi inocencia ampare Dios.

SESÉ.
Mi lealtad defienda el cielo.

REINA.
Rey, esposo, oye.

SESÉ.

Señor...

REY.

Llevadlos; ¿a qué aguardáis?

SESÉ.

Si la envidia...

REINA.

Si mi honor...

SESÉ.

Te obliga...

REY.

No te despeñes.

SESÉ.

Mira.

REINA.

Juzga sin pasión

REY.

Marche el campo. ¡Oh dura suerte!,
mortal me lleva el dolor.

(Vanse.)

Plaza a vista de la torre de Aybar.

ESCENA V.

BUSCÓN, SOL.

BUSCÓN.

¿No basta que os lo he jurado?

SOL.

Mientes.

BUSCÓN.

Sol, pescudadora,
dígovos que ésta es la hora
que Ramiro ha renegado,
porque la tal infantesa
es más bella, aunque entre perros,

que la misma diosa Berros.

SOL.

¿Vístela tú?

BUSCÓN.

Lo que os pesa.

SOL.

Di si la viste.

BUSCÓN.

Yo no;

mas vi una galga preñada,
que es a ella pintiparada.

SOL.

¡Verá el tonto! Cuidé yo
que allá se te había olvidado
lo frío.

BUSCÓN.

¡Si es la corriente
del Ebro linda aguardiente
para salir abrigado!

SOL.

A lo menos le levantas
ese falso testimonio
a Ramiro. ¿Él matrimonio
con una morisca?

BUSCÓN.

Infantas,
como dellas no se guarde
el hombre, descrismarán
a cualquiera.

SOL.

¿Qué dirán
los nuegos de que cobarde
huyes la guerra, culpando
a tu señor?

BUSCÓN.

No lo es mío

ni tuyo, sino del río,
que garrote me iba dando.
Y lo que decirse puede,
si de mi mal se imagina,
¿es mas de que soy gallina?
A muchos buenos sucede.
Quien lo dijere no miente;
que yo, porque mas te cuadre,
desde el vientre de mi madre
me desnudé de valiente.
Es religión muy estrecha,
y yo en ella no he de entrar;
que nunca peço en matar:
con que quedas satisfecha.

ESCENA VI.

FORTÚN; después, MENDO. -DICHOS.

FORTÚN.
¿Sin Ramiro su criado?
¡Válgame Dios! ¿Qué será?

BUSCÓN.
No me llame Buscón ya,
nuesamo; son Gil Aguado.

FORTÚN.
¿Traes carta?

BUSCÓN.
En letras esquivas.

FORTÚN.
¿Qué dices?

BUSCÓN.
Que en conclusión,
saliendo de aquí Buscón,
vuelvo del Ebro Juan Vivas.

FORTÚN.
Este ha perdido el juicio.

BUSCÓN.

Como Ramiro a su ley.
(Sale MENDO con una carta.)

MENDO.

Ésta, Fortún, es del Rey
para vos. Fuele propicio
el cielo, como contrario
al bárbaro que destroza;
triunfó, en fin, de Zaragoza,
dejándole tributario.
Idle a ver, pues manifiesta
así lo que os ha estimado;
y adiós, porque me ha mandado
que no aguarde la respuesta. (Vase.)

ESCENA VII.

FORTÚN, BUSCÓN, SOL.

FORTÚN.

(Ap. ¡Carta del Rey para mí,
y aun no aguarda que la lea!
Aunque éste el primero sea
favor que al Rey le debí,
lo misterioso que oculta
sobresalta mi temor;
mas, si vuelve triunfador,
y su victoria resulta
de las hazañas que debe
al nieto, con que le obligo,
comunicará conmigo
sus medras. La carta es breve.
(Lee.) «Si es, Fortún, la lealtad muestra
»de la nobleza que cría,
»Ni Ramiro es sangre mía,
»ni la puede tener vuestra.
»Información fue siniestra
»La que os escuché, en efeto:
»matarme quiso en secreto
»por reinar; y así, colijo
»que a quien yo niego por hijo,
»No le tendréis vos por nieto».
¿Creeré tal infamia yo?
¿Desmentiréme yo a mí?
El Rey me lo escribe así,

mi sangre dice que no.
Jamás Ramiro nos dio
indicios menos que reales;
jamás ¡ay ansias mortales!
pudo la envidia notar
átomos con que eclipsar
luces de mi honor leales.
Que es engaño es evidente;
pero ¿para qué eslabono
discursos, si de su abono
tengo el testigo presente?)
Ven acá Buscón, ¿qué hizo
Ramiro contra el valor
de bien nacido?

BUSCÓN.

Señor,
sentenciarse a un romadizo
cuando se nos volcó el barco;
convertirse de hombre en pez.
Y tras que segunda vez
le bautizó el dicho charco,
renegar de nuestra ley,
adorar el zancarrón,
y sin decirle a Buscón
chus ni mus, armarle al Rey
la muerte. Y halo emperrado
una mora, que se llama
la infanta Zaina; y es dama
tan amiga de pescado,
que apenas le escupió el Ebro,
creyéndole, aunque en jubón,
que era atún o salmón,
cuando le arrojó un resqueibro.

FORTÚN.

¿Que, en fin, mi infamia es notoria?

BUSCÓN.

Yo pienso que debe ser
el diablo de la mujer
de la orden de la Vitoria.

ESCENA VIII.

RAMIRO. -DICHOS.

RAMIRO. (Al paño.)
Quimeras de la ambición,
pues en mi centro me veis,
ya no me perseguiréis.

FORTÚN.
¿En Ramiro tal traición?

BUSCÓN.
Y sobre traición, aguada.
El Ebro la culpa tiene;
mas hétele por dó viene
el moro por la calzada.

RAMIRO.
(Llega.)
Aunque el hado riguroso
pudo negarme, Señor,
premios (que medra el valor,
desdichado, victorioso),
sólo en veros soy dichoso;
porque siempre que os venero,
de suerte me considero
vencedor, que entre los lazos
de vuestros afables brazos
laureles dignos espero.
(Vale a abrazar, y retírase FORTÚN.)
Tío, ¿vos os retiráis?
¿Mudo vos conmigo así?
Algo os han dicho de mí
cuando la voz me negáis.
¿Hasta aquí, engaños, llegáis?

FORTÚN.
Ni será sin fundamento,
si excusar tu vista intento.
Aparta; que la traición
es contagio, en mi opinión,
y mata con el aliento.

RAMIRO.
¿Qué dices?

FORTÚN.

(A los criados.)
Salíos afuera.

BUSCÓN.
(Ap. a Sol.)
Sol, yo le vó a acusar
en casa de un familiar,
porque le quemén siquiera.

SOL.
Calla, que es todo quimera.
¿De Ramiro eso creías?

BUSCÓN.
Tú en no creerlo porfías
y de ti vengo a creer
que eres la primer mujer
que no cree en parlerías.

(Vanse SOL y BUSCÓN.)

ESCENA IX

RAMIRO, FORTÚN.

RAMIRO.
Oíd.

FORTÚN.
¿Qué es lo que me quieres?

RAMIRO.
Advertid que soy Ramiro.

FORTÚN.
Porque lo advierto me admiro
que hayas faltado a quien eres;
mas, por si acaso prefieres
lo dudoso a lo ignorado.
Y el origen que te ha dado
ser, y el cielo te ha escondido,
advierte lo que has perdido
por la infanta que has ganado.
El príncipe ser debías
de Navarra, y por blasón

de tus armas a Aragón
también aspirar podías.
Sangre de las venas mías
tienes, que mi infamia fue;
por ti soldarla pensé;
mas, pues no tienes honor,
quédate para traidor,
sin patria, origen ni fe. (Vase.)

ESCENA X.

RAMIRO.

Espera, Señor; mas no
esperes, que si me injurias
de esa suerte, vive Dios,
que ni a la vejez caduca,
ni a las canas, ni a la sangre
que dices que tengo tuya,
pueda respetar ni quiera.
¡Oh, mal haya mi fortuna!
¿Qué es esto, cielos airados?
¿Tan detestable es mi culpa,
que cuando rendido cejo
a la ira y a la furia
del destino, y cuando triste
me vuelvo a la sierra inculta,
aún no le debo el albergue
a quien le debí la cuna?
¡Yo traidor y yo acusado
de tanta ignominia injusta,
sin que le deje resguardo
a la verdad la calumia!
¡Brujulearme el origen
cuando el reino me asegura
mi tío, oráculo que
razones vuelve confusas!
¡Ver mi altivez enfrenada
ayer de la estirpe ruda!
¡Quedar el valor ajado
hoy en la prosapia oscura!
Ramiro, ¿cuál será ahora
remedio de tus injurias?
No lo sé; que está el dolor
muy de parte de la duda.
Mas ¿qué mujer es aquella?

¿Qué luto? ¿Qué infausta turba
misteriosa la acompaña,
lastimeramente muda?

ESCENA XI.

LA REINA, de luto; SOLDADOS. -RAMIRO.

REINA.
¡Ah infeliz!

SOLDADO 1.º
Ésta es, Señora,
la torre de Aybar, en cuya
fuerza manda el Rey que quede
Vuestra alteza.

RAMIRO.
Ya ¿qué dadan
los ojos? La Reina es ésta.

REINA.
¡Ay de mí! (Cae desmayada.)

RAMIRO.
Mortal ocupa
el suelo. (Llega a levantarla.)

SOLDADO 1.º
(A Ramiro.)
Tened, soldado.

SOLDADO 2.º
Plaza.

SOLDADO 3.º
Fuera.

RAMIRO.
(Ap. Aún mas se turba
el ánimo.) Caballeros,
si no yerra quien pregunta,
decidme, por Dios, ¿qué es esto?

SOLDADO 1.º

Nadie encubrirlo procura,
pues es público desde hoy
que los infantes acusan
de adúlteros a la Reina
y Pedro Sesé, por cuya
causa viene presa ahora.

RAMIRO.
¿Sus hijos mismos la acusan?

SOLDADO 1.º
Sus hijos.

RAMIRO.
Y ¿dicen que hay
sospechas ciertas?

SOLDADO 1.º
Ninguna.

RAMIRO.
Yo lo creo así.

SOLDADO 1.º
Y podéis
creerlo con causa justa.

RAMIRO.
¿Hay tal maldad? ¡Que sus hijos
propios!... Mas la infamia, suya
ha de ser; pues no la vengan
primero que la divulgan.
Movido me ha a compasión

REINA.
(Vuelve en sí.)
¡Ay, cielos! ¡Ah, suerte dura!

RAMIRO.
Dejadme hablarla.

SOLDADO 1.º
No hay orden.

RAMIRO.
Más mueve que dificulta.

REINA.
Soldados, ¿qué es eso?

SOLDADO 1.º
Un hombre
que hablarte intenta.

REINA.
Si juzga
mi dolor, y hablarme quiere,
algún alivio procura.
Dadle lugar, caballeros,
para que me hable, si alguna
piedad merecen los reyes
en el teatro o la tumba.
(Los soldados se retiran a un lado.)

RAMIRO.
(Arrodíllase.)
A tus pies, ¡oh esclarecida
Reina!, a cuyas luces puras
ceden las del sol, se postra
hoy un hombre, a quien tu injuria
dice el alma que le toca,
y que vengarla asegura.

REINA.
Caballero, levantáos,
pues en miserias tan sumas,
el que hoy se me postre está
por cuenta de mi fortuna.
Mas ¿quién sois, que a esta mujer
infeliz piadosa ayuda
ofrecisteis, cuando el alma
ni la quiere ni la busca?

RAMIRO.
Ramiro soy de Moncada,
Señora, que de una gruta
de esta sierra humilde hijo,
nacé para penas muchas.

REINA.
¡Ay, hijo mío! del Rey
tú lo eres sólo, tú ilustras

su sangre; al paso que aquellos
bárbaramente la enturbian.

RAMIRO.

¿Es verdad lo que oigo, o son
afectos de tu ternura?
Señora, aunque a honor tan alto
piadosamente me subas,
yo trocara mis favores
al premio de tus venturas.
Mas el cielo vive, a quien
nada en los orbes se oculta,
y en quien la verdad sagrada
indefensa quedó nunca,
que han de morir los traidores,
quitando la mancha inmunda
en tu fama, del delito
que alevos falsos te imputan.

REINA.

Plegue a Dios que en inmortal
dolor, que en eterna cuita,
negada al común descanso,
a la quietud de la urna,
viva yo siempre; o que muera
con la infamia, que es más dura
maldición, si en la inocencia
conyugal no estoy segura.
Mas no merezco, Ramiro,
tu favor; la causa escucha:
hijo eres del rey don Sancho,
Acaya fue madre tuya,
cuya nobleza veneran
Castilla y Navarra juntas;
que habías de aspirar al reino
no agüeros vanos anuncian;
y Fortún al Rey le intima
que el cetro real te ajusta.
Conspirados mis temores,
asechanzas te conjuran
hasta ahora, desde cuando
las aguas del Ebro surcas.
Yo he pensado ¡ay de mí triste!
Yo he creído que promulga
la sentencia de mi muerte
el hado con causa justa,

pues a tu vida inocente,
que ya de la envidia triunfa,
tantos riesgos busqué cuantas
traiciones hoy te acumulan.
Y pues al mortal suplicio,
en cuyas sombras fluctúa
todo el sentido, esta unión
se acerca casi difunta,
perdón de tantas ofensas
te pido. Y porque se anudan
las palabras en el pecho,
estas lágrimas las suplan.

RAMIRO.

Señora, a los tiernos ojos
el clemente llanto enjuga;
que el llanto las culpas lava,
y en ti no hay que lavar culpa.
Y ya que el cielo no quiso
que más mi origen se encubra,
mis infortunios pasados
se descuenten a la suma
de lo que logro en saber
cuánto mi sangre se encumbra.
Y por si también ahora
permite el cielo que de una
desdicha nazca un abono,
como tal vez acostumbra,
yo juro por esta espada
(Que de reliquias purpúreas
y de humor rojo vertido
del alarbe aún no está enjuta),
que no he de creer quién soy
hasta que en batalla dura,
de tanta infamia te vengue
y tanto traidor destruya.
Y esto por mí mismo; pues
que sea su sangre augusta
¿qué importa, si un falso duelo
basta para hacerla impura?
Soldados, llegad. Y adiós,
Señora; que se apresura
el valor a la venganza.

REINA.

El cielo sea en tu ayuda.

(Vanse.)

Palenque delante de la torre, con dos tribunales, uno mayor que el otro.

ESCENA XII.

SOL, BUSCÓN.

SOL.

Yo no lo creo, Buscón;
pero he de ver en qué para.

BUSCÓN.

Sola sol en el nombre y cara,
que no perdona rincón
ni uracho de sabandijas
que no atisbe y mire alerta;
y si te cierran la puerta,
se entra por las rendijas.

SOL.

Una reina que acusada
por sus tres hijos está
y si defensor no da,
diz que ha de morir quemada;
ellos, que armados desde hoy,
han de salir cada día
contra quien los desafía,
¿Es como quiera? Yo soy
perdida, Buscón, por ver
cosas que salgan del uso.

BUSCÓN.

La mala madre mos puso
las cormas de la mujer;
pues siendo fuerza querellas,
con ser el peor cojijo,
no en balde un discreto dijo:
«Ni con ellas ni sin ellas».
Con ellas no, que mos paran
de llodo, y son rejalgar;
sin ellas no, que a faltar,
los hombres no se engendrarán.
Amallas y aborrecellas
nos hacen y no podemos
vivir, cuanto ser tenemos,

ni con ellas ni sin ellas.
Pero paso, que ya tañen
los guerreros tamboriles.
(Tocan cajas.)

ESCENA XIII.

DON GARCÍA, DON FERNANDO y DON GONZALO, bizarros, con rodelas;
ORDOÑO, de padrino; PUEBLO. -DICHOS.

SOL.

Mujeres hay varoniles
que a Lucrecias acompañen;
que también saben las tocas
estar en la vertú duchas.

BUSCÓN.

Sol, las aviesas son muchas,
pero las perfetas pocas.

DON GARCÍA.

Corte ínclita de Navarra,
metrópoli más antigua
de cuantas por imitarte
blasona el hispano clima;
biznieta del argonauta,
sacra excepción de las iras
de Dios, que en el arca nave
guardó al mundo sus reliquias;
diadema del Pirineo;
del valiente Tubal hija,
que olvidando por ti el Asia,
pasó a tus tierras su silla:
navarros, príncipe vuestro
he sido, ya me apellidan
su vengador vuestras leyes;
término es de treinta días
concedido al adulterio
para que en ellos elija
o en la palestra su amparo,
o en las llamas sus cenizas.
El primero hoy de los treinta
manda el derecho que asista
armado con mis hermanos
al pie de esta torre altiva

de Aybar, donde está la Reina,
que es la palestra elegida.
Si hay quien la defienda, salga;
mas no habrá, pues que le obliga
un hijo que deste agravio
da fe, testigo de vista.
Ármese presto; ¿qué espera,
qué aguarda el Rey, cuando estima
fama que difunta llora,
si el valor la resucita?
La verdad es sobre todo,
navarros; ésta os intiman
tres hermanos: don Fernando,
Don Gonzalo y don García.

ESCENA XIV.

EL REY, DOS JUECES, SOLDADOS; LA REINA, de luto, con un tafetán en los ojos.
-DICHOS.

(Salen al compás de música triste, y ocupa la REINA el tribunal pequeño, y el REY con los jueces el otro.)

REY.

¡Oh qué cansados que son
los males, si se amotinan!
¡Cuán léjos de los consuelos!
¡Cuán cerca de las desdichas!
(A sus hijos.)
¿Os persuadiréis vosotros
a que la suma malicia
contra la suma inocencia
esta vez no os precipita?

JUEZ 1.º

Señor, el cielo averigua
dudas a sí reservadas;
y pues por costumbre antigua
se deja a las armas, ellas
pleito tan arduo decidan.

JUEZ 2.º

No basta discurso humano,
Gran Señor, a hallar salida
a laberinto tan ciego.

REY.

Decís bien; guardar justicia.

REINA.

Los cielos a mi inocencia
amparen, que a su divina
protección mi confianza
todas las verdades libra.

BUSCÓN.

(Ap. a Sol.)

Sol, ¿no parecen los tres
en sus escaños o sillas
la fachada burgalesa
con los jueces de Castilla?

SOL.

No está el tiempo para gracias,
Buscón; asómate y mira
el fin de tanto nublado.

BUSCÓN.

Bien; pero ¿cómo se olvidan,
ya que está aquí la Reinesa,
dell otro?

SOL.

El postrero día
del plazo los sacarán
par de la hoguera.

BUSCÓN.

No guisan
buen manjar los tres infantes,
or más que contra ellos digan.
¡Asado el Gobernador!
¡Tostada su madre misma!
¡Fuego en tales cocineros!

SOL.

Confunda Dios las mentiras.

BUSCÓN.

Oye; que otros atabales
suenan.
(Suenan cajas destempladas.)

ESCENA XV.

RAMIRO, de luto, con una banda negra por el rostro. -DICHOS.

SOL.

Y la gallardía
del que los sigue se lleva
tras sí el alma con la vista.

JUEZ 1.º

Defensor tiene la Reina.

REINA.

El cielo, que patrocina
inocencias contra engaños,
un rayo espado le ciña.

BUSCÓN.

¿Por qué la cara mos tapa?

SOL.

No sé lo que senefica.
(Tocan.)

BUSCÓN.

Será, si no es por el polvo,
cofrade de disciplina.

RAMIRO.

Rey Invicto, un forastero,
puesto que desobligado,
de sí mismo estimulado
por piadoso y caballero;
para coronar su acero
del árbol que monstruos doma,
diadema antigua de Roma,
contra el rigor y violencia
protector de la inocencia,
su defensa a cargo toma.
A Navarra representa;
por ella enlutada llora
a su natural señora,
que un hijo arrojado afrenta.
Su amparo está por mi cuenta;
ya traigo su compromiso

en fe de que el cielo quiso
que de tan bárbaro engaño
de tres hijos, otro extraño
les dé escarmiento y aviso.
No quiero ser conocido
mientras que triunfos no canto;
que si os desmaya el espanto,
dirán que no os he vencido
de la verdad persuadido.
Si contra tanta ilusión
prevalece la razón
a la luz de la justicia,
añadirá mi noticia
gozosa la admiración.
Ilustres jueces, mandad
que el sol nos partan.

DON GONZALO.
(Ap. a Don Fernando.)
Fernando,
el temor me está anunciando
que amparo la falsedad.

DON FERNANDO.
Trocó la temeridad
mi valor en cobardía.

DON GONZALO.
Engañónos don García.

DON GARCÍA.
(Ap.)

¡Oh antojos de una mujer!
¡Qué de ellos echó a perder
vuestra temosa porfía!

JUEZ 1.º
Infantes, en vuestro acero
estriba la conclusión
de vuestra proposición.

JUEZ 2.º
Volved por vos, caballero.
Hagan la señal.

REY.

Si adquiero,
cielos, la fama perdida,
premios el que os rige mida
a tal defensor.

(Tocan a acometer, embiste RAMIRO con los infantes, y cae DON GARCÍA.)

DON GARCÍA.

Tened
las armas, y suspended
el que yo pierda la vida.
El negarme Pedro Sesé
y la Reina, mi señora,
el caballo, oh Rey invicto,
estando tú en Zaragoza,
cerró puertas al discurso;
que el enojo en la edad moza
es tempestad resistida,
que rompe con cuanto topa;
y ocasionó que intentase
una acción tan afrentosa,
una traición contra ti,
y contra mí una deshonra.
La Reina es luz de Navarra,
es pura y cándida aurora,
excepción de toda eclipse,
fénix única española.
Pedro Sesé en la lealtad
merece que se anteponga
a cuantos inmortalizan
los bronce y las historias.
Los dos infantes creyeron
persuaciones marañosas
de un hermano que veneran,
sucesor de tu corona.
A tus pies, padre y señor,
aguardo el castigo ahora;
mas donde está la venganza
los demás castigos sobran.

(Bájase el REY del tribunal, y llega donde está la REINA.)

REY.

Ya no hay que esperar más dicha;
salió de las tenebrosas

confusiones de mis penas
más clara la luz de mi honra.
Llega, Señora, a mis brazos,
pues el alma, que te adora,
siempre, a pesar de traidores
te estimó.

REINA.

Ya se transforman
fúnebres lutos en galas;
mis lágrimas sean mis joyas.

REY.

¡Oh feliz protector mío!
No el semblante se me esconda
que mis dichas manifiesta.

(Descubre a RAMIRO.)

Si a esto me atrevo, perdona.
Ramiro, ¿quién sino tú
mitigara mis congojas?
Tu inocencia se acredita
hoy con acción tan heroica.

RAMIRO.

Señor, si engaños pudieron...

REY.

Calla, porque será ociosa
ninguna satisfacción,
pues en tu crédito sobran.

REINA.

Tú sólo, oh joven del cielo,
eres mi hijo; a ti te tocan
mis herencias, mis estados,
mi sucesión y corona:
más perfecto sale siempre
el que la elección adopta
que el que la naturaleza
tantas veces defectuosa,
perseguida me amparaste,
y mis hijos ¡oh qué impropria
acción de naturaleza!
Lutos a mi afrenta cortan:

luego tú sólo mereces
que mi Castilla te ponga
de sus condes la diadema;
feliz, si dueño te goza.

REY.

Yo también la de Navarra,
pues fue tu madre mi esposa.

RAMIRO.

No, padre, no, gran monarca;
no, mi reina y mi señora;
que este nombre os daré siempre,
felicidad que me sobra.
Sucedan en vuestro reino
los tres, que mudos invocan
mi amistad y vuestra gracia.
Esto ha de ser, o la gloria
eclipsaréis al servicio
que os hice, siendo forzosa
mi ausencia donde jamás
los compita mi memoria.
Así los nobles se vengan.

REY.

Y así tu alabanza heroica
dejarás eternizada,
que el tiempo no se le oponga.

DON GARCÍA.

¡Qué liberal!

DON FERNANDO.

¡Qué prudente!

DON GONZALO.

¡Qué generoso!

SOL.

Oigo absorta.

BUSCÓN.

¡Qué valentón es Ramiro!

REINA.

El estado en que me dota

mi esposo son bienes libres;
y así, el condado me toca
de Aragón. Yo te le doy.

REY.

Y para que más airosa
salga esta acción, mi Ramiro,
su primero rey te nombra.

RAMIRO.

A tus pies estaré siempre.

BUSCÓN.

Esto se ha hecho sin boda;
que es novedad de comedia.

REY.

A Sesé en libertad pongan.

RAMIRO.

Y así, Senado, se vengan
los nobles.

BUSCÓN.

Fin de la historia.

FIN